

rocas se adelantaban hacia el mar formando en este punto una ensenada microscópica que utilizaban con frecuencia los contrabandistas.

Ruggieri trató de fondear entre las dos rocas, pero los dientes del ánora no pudieron afianzarse en el fondo pedregoso por el mal tiempo que hacía. Ruggieri arrió velas y procuró sostenerse con los remos.

El grumete estaba ahora en el timón.

Una línea de espuma más brillante anunció el fondo de la ensenada.

Ruggieri llamó con la bocina: esa especie de extraño grito que hemos oído tantas veces en Nápoles le contestó en seguida, y aparecieron dos siluetas sobre el fondo negro de las rocas.

La mar estaba baja; y aunque el flujo no se deje sentir en las riberas del Mediterráneo, sin embargo la diferencia entre la mar alta y baja puede cambiar completamente condiciones de abordaje en ciertas playas cercadas de escollos.

Aquí la marea baja abandonaba la explanada de rocas donde estaban los dos desconocidos á siete ú ocho pies sobre la embarcación, y ésta no podía adelantar á más distancia de la de dos remos, so pena de estrellarse en mil pedazos.

Bajo la explanada había una roca cortada á pico donde ni una gamuza hubiera podido poner los pies.

—¡Despachemos pronto!—dijo una voz imperiosa en la roca.—¿Fiamma está á bordo?

—¡Aquí te espera!—respondió la voz dulce y sonora del grumete.

—¡Buenas noches, Ruggieri!—dijeron al propio tiempo desde tierra.

—¡Buenas noches, Cucuzone!—repuso el marinero.

Luego añadió:—¿Traes sogas?

—Por supuesto.

—Ata una piedra á un extremo, porque este viento rechazaría el cable de un ánora de primer orden, y procura no tocarnos.

—¿Fiamma no puede resguardarse?—preguntó la primera voz que había hablado.

—No tengas cuidado por mí—replicó la mujer.

—Colocaos á la popa, signora—añadió Ruggieri,—pero apresuraos, no puedo sostenerme contra la resaca.

Veíase en esta especie de galería circular que dominaba el fondo de la ensenada una sombra alta y arrogante envuelta en una capa que agitaba ruidosamente el viento.

Además de ésta se distinguía otra forma humana. Era Cucuzone ocupado en atar el cabo de su sogas alrededor de una punta de roca.

Un relámpago salido de en medio de una nube, precediendo á un trueno lejano, iluminó esta alta sombra de hombre inmóvil.

A su luz apareció el semblante triste, pero tranquilo, de aquel hermoso príncipe Fulvio Coriolani que había sido el ídolo de la corte.

## IX

## Una idea de Ruggieri

Una vez Cucuzone tuvo atado el cabo de su sogas á la punta de la roca, se adelantó al borde de la plataforma. Allí midiendo con la vista la distancia que le separaba de la chalupa y calculando sus rápidas oscilaciones, lanzó su piedra atada á la sogas de manera que cayese al agua cerca de la proa, al alcance de la mano de Ruggieri.

Las dos primeras tentativas no tuvieron éxito, pero á la tercera el marino pudo coger la cuerda cayendo de pechos sobre la orla de la chalupa.

—Felizmente — exclamó,—pecho y embarcación ambos son buenos.

Pero no por esto dejó de palpar cuidadosamente la orla por dentro y fuera. Levantándose luego de un brinco se tentó las costillas.

—¡Ni una ni otras han sufrido avería!—murmuró alegremente.

—¡Por San Genaro!—se interrumpió,—¡ciad! á babor, signora!... ¡ciad con las dos manos!... ¡Vamos á tocar!...

Cogió el garfio y le apoyó contra la roca en el momento que la chalupa iba á estrellarse en uno de los escollos de la ensenada.

Una vez pasado el peligro, desató la piedra, y anudó fuertemente la sogá al pie del mástil.

Cucuzone había fijado ya el otro cabo en una roca. —¡Venid!—dijo Ruggieri.

Y remó vigorosamente para poner tirante el cable.

Cucuzone se deslizó el primero por este puente vacilante que cada ráfaga de viento sacudía con furia. Para el saltarello esto era un juego. Así, pues, durante el camino ejecutó algunas vueltas de trapezio en la cuerda tendida.

El paso de Fulvio fué menos fácil. Cucuzone, de pie en la popa, estaba pronto á echarse al agua en caso de una desgracia. Fiamma, arrodillada y con las manos cruzadas, oraba ardientemente á Dios.

Fulvio estuvo suspenso un largo minuto entre el cielo y la mar. El viento sacudía la sogá que temblaba como un hilo. Pero Fulvio era joven, ágil, ligero y animoso. Por fin puso el pie en la embarcación. Fiamma se le acercó llorando.

Estaban aún contemplándose, cuando se dejaron oír en las rocas los aullidos de un perro.

—¡Desata la sogá, Cucuzone!—ordenó Ruggieri. Como el saltarello encontrase dificultades en des-

atar el cáñamo mojado, Ruggieri cogió una hacha y cortó el nudo de un solo golpe.

—¡Todo el mundo boca abajo!—exclamó.

Con una mano derribó brutalmente á Fiamma, y con la otra cogió al príncipe Fulvio y le arrastró en su propia caída.

Cucuzone había desaparecido bajo un banco.

Ya era tiempo. El eco de un fuego graneado retumbaba con estrépito en las rocas iluminadas. Una lluvia de balas pasó por encima de la chalupa.

Ruggieri y Cucuzone se apoderaron de los remos, poniéndose en muy poco tiempo á salvo de los tiros de los soldados.

—Iza la vela ahora—dijo el saltarello,—y descansemos.

Y juntando la acción á la palabra se acostó en el fondo de la chalupa, empezando á roncar como un bienaventurado.

Fulvio y Fiamma estaban sentados uno al lado del otro en la popa.

—Gracias, querida hermana—le dijo Fulvio;—¡cuántos peligros no has arrojado para servirme!

—Ya sabemos que te pertenezco, Fulvio—respondió sencillamente la gitana,—y que no tengo otra voluntad que la tuya. Si Angélica te hubiese amado, yo también habría sido dichosa contemplando tu felicidad.

Fulvio dejó caer su cabeza entre sus manos.

—Ama á Julián de Monteleone, ¿no es esto?—preguntó.

Su acento era tímido como el de un niño.

Fiamma respondió con una señal afirmativa de cabeza. Hubo un instante de silencio.

Fiamma repuso:

—Yo conocía este amor antes que la misma Angélica.

—¡Angélica!—repitió el príncipe como si saborease la música suave de este nombre;—cuando yo estaba en favor no conocía cuánto la amaba. Pero ¿por qué no habérmelo dicho?—se interrumpió de repente.

Fiamma le puso su bella mano en la boca.

—Yo te repetía sin cesar—murmuró ella,—¡nadie te amará como yo! ¡Nuestros corazones han florecido juntos! Dios te ha creado para mí, fuera de mí no hallarás más que traiciones y dolor.

Fulvio estaba distraído; la gitana lo conoció.

Un profundo suspiro dilató su pecho.

—¡Siete días!—pensó en tanto que un placer lleno de angustia le oprimía el corazón;—el oráculo ha anunciado siete días, mañana termina el plazo. Ya que su vida no me pertenece, ¡Dios mío! ¡dadme al menos su muerte!

—¿La ama él?—preguntó Fulvio repentinamente.

—¿Quién?—exclamó la gitana volviendo en sí sobresaltada.

—Mi hermano Julián, ¿ama á Angélica Doria?—repitió el príncipe.

—Sí... y la ama ardientemente.

—Entonces—dijo lentamente Fulvio como un juez cuando pronuncia una sentencia,—quiero que sean felices. Y no dijo más.

La chalupa navegaba á bolina en medio de la obscuridad.

A lo lejos se distinguían las costas como una sombra muralla.

De tiempo en tiempo las señales de noche indicaban la posición de los dos buques de guerra Cucuzone roncaba.

—Maestro—preguntó Ruggieri empuñando el timón;—¿á dónde hemos de ir?

—Aun no lo sé—respondió Fulvio.

Luego dirigiéndose á la gitana, añadió.

—¡Habla!

—He visto á Angélica Doria—dijo Fiamma en voz baja. Fulvio se estremeció.

—¿Dónde?—preguntó.

—En su prisión—respondió Fiamma.

—¡En su prisión!—repitió el príncipe agitando-se como un león herido;—¿no he oído mal?

La gitana replicó llorando:

—¡Por Dios, Fulvio, no me preguntes más! Si sabes lo ocurrido, ¡querrás lanzarte á su socorro y allí te espera la muerte!

—¡Ah!...—dijo el príncipe;—ella tiene necesidad de socorro.

Y volviéndose hacia Ruggieri repuso en alta voz:

—¡A Nápoles, amigos! ¡vamos á Nápoles!

Ruggieri viró de bordo, pues hacia más de media hora que se dejaba arrastrar por el viento á las islas Lipari.

Los dos buques de guerra se hallaban ahora entre la chalupa y la ensenada de rocas donde se había verificado el embarque.

—¡Dímelo todo!—dijo Fulvio con avidez,—¡todo lo quiero saber! Háblame de mi hermano Julián á quien quiero aunque sea la causa de mi tormento, de mi hermana Celestina que merece las más vivas simpatías, de mi madre, pobre y santa mártir, de Loredano, mi enemigo leal. Lo exigo, ¿me entiendes?

Fiamma se recogió un instante; luego empezó así:

—Angélica estaba en la quinta Floridiana. Celestina te aguardaba en tu palacio. Al ver el cadáver del anciano Manuel, asesinado por ese miserable de Pedro Falcone, se desvaneció.

—Este se vengaba—interrumpió Fulvio;—pero le he matado por mi propia mano. ¡Dios le haya perdonado! ¡lo hubiera querido evitar!

—Mientras el fuego de fusilería tronaba en derredor de Castello-Vecchio, cubierto de llamas—

repuso la gitana.—Johann Spurzeim, nombrado primer ministro por el rey, no estaba en su puesto, sino que proseguía su obra.

¿Tengo necesidad de deciros que desde mucho tiempo os estaba vendiendo?

—Lo sé todo—contestó Fulvio.

—He aquí la obra de Johann Spurzeim!

María de los Amalfi, vuelta á esa obscuridad de la razón, de la cual la había arrancado el doctor Daniel, fué conducida al palacio de la plaza del Mercato, donde se la instaló en los aposentos de Bárbara Monteleone. Apenas el féretro de Bárbara acababa de salir para el camino del cementerio, cuando se adornaba la alcoba de la nueva esposa con cortinajes de terciopelo.

—¡Cómo es eso, Fiamma!—exclamó el príncipe estupefacto.

—Digo lo que es—repuso la joven;—Johann Spurzeim, favorito del rey, ha obtenido de él autorización para contraer matrimonio con María de los Amalfi, otra vez demente.

—Pero basta con decir al rey..

—¿Que David Heimer era maestro del Silencio? El rey lo sabe, y cree que ese fiel servidor se introdujo entre vosotros para perderos; el rey es el esclavo de ese hombre.

—¡Eso es horrible!—tartamudeó Fulvio con los dientes cerrados.

—Sí, es horrible—repitió la gitana.—pero aun hay más. El título de conde de Monteleone no es bueno para Johann sino porque va anexo á él una inmensa fortuna. Entre esta fortuna y Johann se levantan cinco existencias como una barrera insuperable.

—Cinco asesinatos...—murmuró Fulvio.

—Primero vos, príncipe, pero contra vos la ley es un arma, luego Julián y su hermana Celestina, en seguida Angélica y Loredano. Muertas estas

cinco personas, así como Doria heredó de Monteleone, ¿no puede Monteleone heredar de Doria?

—¿Qué quieres decir?—exclamó Fulvio estremeiéndose.

—Que es necesario que Julián muera, que Angélica Doria desaparezca, que el conde Loredano sea suprimido, pero que Celestina viva, Celestina la única y última heredera de las dos familias más opulentas de Italia.

Fulvio quiso hablar pero ella le detuvo.

—Dejadme concluir—repuso;—Johann quiere que este negocio mortuorio sea su obra maestra. No se ataca impunemente á príncipes como Loredano ó Julián. Pero dos jóvenes irritados que se exterminan en un furioso desafío, sin testigos... ¿qué os parece esto, Fulvio?

—Expílicate.

—Mientras Castello-Vecchio ardía, Angélica Doria fué arrebatada de la quinta Floridiana y Celestina Monteleone lo fué del palacio Coriolani.

—¿Por él?... ¿por Johann?

—¿Y por quién había de ser? Solamente que, gracias á una intriga hábilmente urdida, el raptor de Angélica se llama por Loredano, Julián de Monteleone; y por Julián de Monteleone el raptor de Celestina se llama Loredano Doria.

—¿Y se han batido á muerte?

—Johann Spurzeim les tiene arrestados en sus palacios. La corte cree que vela por sus días. Pero mañana....

—¡Basta!—dijo Fulvio con acento breve y fuerte;—he comprendido. Gracias, tú eres mi única amiga.

Luego volviéndose á Ruggieri:

—¡Al amanecer es necesario que nos hállemos delante del cabo Campanella!—exclamó en tono imperioso.

Y antes que el marinero respondiese añadió;

—¿Dónde guarda ese hombre á Angélica y Celestina?

—En la quinta de Bárbara Monteleone, entre Castellamare y Resina.

—¿Has oído, Ruggieri?—dijo Fulvio;—allí debemos desembarcar.

El marino puso una mejilla al viento y respondió: —Es imposible, señor.

—¡Cómo imposible!... cuando yo mando..

—¡El viento no obedece sino á Dios!

Fulvio se impacientaba.

Ruggieri continuó tranquilamente:

—Con el tiempo que hace y la embarcación en que navegamos, se necesitan veinticuatro horas para llegar al golfo de Nápoles.

—Tal vez por tierra y con buenos caballos...—empezó Fiamma.

—Hallaríamos un lugar de caballos de posta, caballería ligera y gendarmes—interrumpió Fulvio.

—Deja hablar á Ruggieri, estoy seguro que ha ideado algo, ¿no es verdad que no lo has dicho todo?

—Nunca se dice todo de una vez—repuso el marino de anchas espaldas meciéndose sobre su banco;—primero hay los *si*... luego los *pero*... No se puede hacer mudar el viento. Pero supongamos que el buen Dios, en lugar de esta cáscara de nuez que está bajo nuestros pies, nos envía una buena falúa capaz de correr contra el viento, una falúa por ejemplo como la que cruza allá abajo, llena de haraganes...

—En este caso, ¿cuánto tiempo necesitarías para doblar el cabo Campanella?

—Doce horas.

—¿Preferirías la falúa al bergantín-goleta?

—¡Pardiez!... cuando aquella no zozobra, corre con viento contrario como un caballo á escape...

—Pero á decir verdad, maestro—continuó Rug-

gieri tomando el ademán indolente que había dejado un instante,—no estamos en el caso de elegir.

El príncipe dirigió su mirada al golfo.

—Sí, por cierto, muchacho—replicó fríamente;—heles ahí á los dos, el bergantín á derecha, la falúa á izquierda... tu elección es buena. Carga la vela y apareja tus remos, ¡vamos á tomar pasaje á bordo de la falúa!

## X

## A toda vela

Ruggieri no disimulaba su satisfacción.

Mientras se apoyaba sobre la caña del timón para poner la proa á la falúa que bordeaba indolentemente, manifestó su aprobación con calor.

A la verdad no era de esperar semejante trueque.

Este trueque consistía en el ataque de una falúa de guerra dotada con sesenta ú ochenta hombres, á la vista de un bergantín-goleta de la marina de guerra.

Ruggieri, habiendo virado de bordo, dió un puntapié alegre y amistoso á uno de los costados de Cucuzone, el cual se levantó refunfuñando:

—¿Qué hay de nuevo?

—Un ejercicio de fuerza—respondió Ruggieri.

Cucuzone se frotó los ojos, estiróse y pidió explicaciones.

Estas le fueron dadas por el almirante Ruggieri á quien Fulvio cedía el mando.

—Ahora—concluyó Ruggieri,—toma el remo de la derecha y yo tomaré el de la izquierda.

—¿Estamos?

—Ya estoy—contestó Cucuzone.

Y los dos se pusieron á remar.

La falúa tenía su proa puesta al nortenordeste

donde un falso y pálido resplandor no permitía distinguir la parte nortenoeste. La chalupa se hallaba en dirección opuesta, es decir, al sudsud-este. Ruggieri maniobraba hacia el oeste para dar la vuelta al buque de guerra.

—Desearía saber cómo estamos de armamento —dijo bajando la voz;— cuando empiezo á comer, pido siempre la lista de lo que hay.

El príncipe y Cucuzone llevaban cada uno dos pistolas; Ruggieri tenía también un par. Además los tres iban armados de sus puñales y en el fondo de la chalupa había dos hachas.

Fiamma quiso una de las pistolas de Fulvio.

—Al timón, Alteza —dijo Ruggieri;— debemos pasar á barlovento de la falúa, lo más lejos posible de ella, pero sin acercarnos demasiado á ese diablo de bergantín que no parece estar durmiendo.

Fulvio tomó el timón.

—¿Y cómo te las arreglarás, Ruggieri?—le preguntó.

Ruggieri, sin dejar de bogar, detalló su plan. La explicación no fué larga. Sus compañeros le entendieron á media palabra.

Cualquier otra mujer que no fuese Fiamma, lo hubiera calificado de temeridad; pero ésta puso su mano sobre el hombro de Fulvio y le dijo:

—Sé que debo morir contigo, si es esta noche, tanto mejor.

Estas fueron las últimas palabras que se pronunciaron.

Acababan de tomar la delantera á la falúa que se balanceaba lentamente.

Nuestros aventureros estaban tan cerca que oían los crujidos de las maderas y los chasquidos de la bandera azotada por el viento.

Cuando un balance bajaba la obra muerta, nuestros aventureros podían deslizar una mirada hasta el pie de los mástiles. En torno del palo ma-

yor, donde había un farol, jugaban á los dados una media docena de marineros. En la popa conversaban dos oficiales á algunos pasos del palo trinquete.

No había más que un hombre en el timón, y un vigía á la izquierda sobre la orla del buque.

Pero no alcanzaba la vista á los aparejos, donde quizá velaban otros centinelas.

Debían, pues, combatir desde el primer choque á nueve ó diez enemigos visibles, sin contar lo imprevisto. Era necesario que este primer choque fuese decisivo y que no se descuidasen un segundo.

La chalupa parecía ahora alejarse de su objeto. Dirigiase al nortenordeste á una distancia de dos tiros de fusil de la falúa.

Al cabo de diez minutos, Ruggieri dijo en voz baja:

—¡El timón á estribor, Alteza!... viremos, ya es tiempo.

En la falúa tenía lugar un movimiento. Cogíase un rizo á la sola vela que quedaba desplegada. El viento aumentaba á cada instante su violencia.

—¡Stop!—dijo Ruggieri,—¡deja correr!

Cucuzone dejó de remar con notorio placer, y volvió á tomar en seguida esa posición perezosa á que tenía particular afición.

Un puntapié del almirante Ruggieri le advirtió que la pereza no era oportuna.

—¡Tente derecho!—le dijo;—¡el remo alto! si nos desviamos diez palmos á derecha ó izquierda estamos perdidos.

Ruggieri era un verdadero marino, y su cálculo tenía una exactitud rigurosa. Por la sola acción del viento en el casco de la chalupa, ésta corría lenta y seguramente hacia la falúa.

Los marineros del rey habían descendido bajo el puente

—¡Ciad á estribor, Alteza!—ordenó Ruggieri,—nosotros agachemos la cabeza.

Y todos á la vez se bajaron de manera que no se veía sobresalir nada sobre el nivel de la embarcación.

Una distancia de cien palmos los separaba apenas de la falúa, la cual marchaba en derechura sobre ellos graciosamente inclinada y ajustada al viento, cuando el oficial de cuarto tomando la bocina: —¡Prepárense á virar!—ordenó.

—Rema—dijo al mismo tiempo Ruggieri.

En el momento en que la falúa seguía el viento bajo la acción de su timón, la chalupa, vigorosamente impulsada, se presentó de través á la quilla de la primera.

—¿Qué es eso?—preguntó el oficial al sentir el choque.

Los restos de la chalupa dividida en dos se deslizaban á lo largo de los costados del buque.

Pero nuestros cuatro aventureros estaban suspendidos como un racimo humano, con el puñal en la boca, de los cables del bauprés.

Fulvio sostenía á Fiamma por la cintura.

—Parece que no había nadie dentro—dijo el oficial contemplando las astillas que pasaban;—yo no he oído un solo grito.

Un marinero inclinado sobre la orla respondió:

—Será alguna embarcación que ha zozobrado... ¡Eh! ¡vigía! Si hubiésemos topado con la Roca Forcata en vez de esta cáscara de nuez, estaríamos ahora con los atunes.

El vigía en lugar de responder exhaló un estertor sordo y al parecer ahogado. Viósele distintamente desaparecer á lo largo de la orla.

En este instante el capitán preguntaba también, sacando la cabeza por la escotilla:

—¿Qué es esto?

Sólo tuvo tiempo de echarse abajo de la escale-

ra. La pesada tapa, levantada violentamente, cayó sobre la abertura con estrépito.

Luego no se oyeron más que gritos, imprecaciones y blasfemias.

Sobre el puente había siete cadáveres: tres cabezas hendidas hasta las espaldas y cuatro pechos abiertos por el puñal calabrés.

Sólo quedaba vivo el timonero que había caído, paralizado por el terror.

El combate sólo duró un minuto.

Las dos escotillas fueron afirmadas en un abrir y cerrar de ojos por medio de cuerdas. Entre el puente y el interior del buque no quedaba otra comunicación que la de las troneras.

Mientras los otros trabajaban, el grumete tenía en respeto al timonero con una pistola.

Al acabar Ruggieri de sujetar las escotillas, la mar se iluminó de súbito á babor, el puente tembló y salió un cañonazo de debajo.

La tripulación de la falúa llamaba en su socorro al bergantín-goleta.

Este lo oyó, porque inmediatamente aparecieron tres faroles encendidos en uno de sus palos.

Ruggieri cogió la bocina, é inclinándose sobre la obra muerta, gritó:

—Aquí estamos treinta hombres de la flotilla de Porporato y no nos falta pólvora para responder á vuestro rosario de cañones. ¡Yo soy Ruggieri! Baldemonio se halla con nosotros. Si sois prudentes nada os sucederá, pero si llegáis á mover ruido destruimos la falúa con toda la gente que hay dentro.

Esta arenga paternal fué seguida de un profundo silencio.

El bergantín-goleta había cambiado de rumbo y se alejaba con su gavia y con su foque. Eran todas las velas que podía llevar para esta tormen-

ta. Mientras caminaba hacia señales sobre señales. Fulvio sacó su reloj.

—Aun falta una hora para la salida de la luna —exclamó:—antes de una hora debemos hallarnos fuera de la vista del bergantín.

—¡A la verga, Cucuzone!—ordenó Ruggieri:—y vos, timonero, tomaos el trabajo de subir al mismo tiempo.

El timonero, llamado Toniotto, no se hizo de rogar.

Puestos los dos á un lado de la verga, ó más bien de la inmensa entena, empezaron á desferrar. El viento les sacudía la verga á la cara, pero Cucuzone era muy diestro. Gracias á su singular habilidad, púdose echar la única escota que sirve para sujetar las velas latinas. Ruggieri y el príncipe, cogiendo juntos este cable que les levantó dos ó tres veces á medio pie del puente, lograron cambiar la dirección de la vela.

Entonces la falúa se dejó caer tan terriblemente á un costado que la punta de la entena sureó la espuma.

Ruggieri brincando sobre las jarcias empuñaba ya la caña del timón.

Los goznes de éste rechinaron, y la falúa se levantó viva y dócil. Un instante después hendía la espuma con la rapidez de un caballo á la carrera.

Al cabo de una hora la luna apareció en el horizonte.

El bergantín-goleta se perdía á lo lejos, y se necesitaba el catalejo de noche para distinguir su grande vela que parecía un ala de gaviota próxima á perderse de vista.

Al propio tiempo se descubrieron los contornos de la costa.

—¡Belvedere!—murmuró Fulvio cuya vista inquieta seguía la ribera;—el viento ha arreciado,

la tempestad nos empuja, corremos más de diez nudos.

Al cabo de un rato habían pasado Scalea y avanzaban á lo largo del golfo de Policastro para doblar el cabo Palinuro. Muy luego el faro de Liscola mostró sus destellos blancos y rojos.

Era una corrida furiosa. La falúa rechinaba hasta en las más profundas junturas de su maderamen.

La calma de los cuatro aventureros formaba un extraño contraste con el huracán.

Nápoles y su comarca se acuerdan todavía de esta noche del 14 de febrero de 1823 y de la que le siguió, durante las cuales tuvo lugar la última y grande erupción del volcán.

Al amanecer la falúa pasó á toda vela entre la isla Capri y el cabo Campanella.

Una hora después, en el momento en que el sol se elevaba en el horizonte, echó el ancla entre Castellamare y la Torre de la Annunziata.

—Partimos cuatro—dijo Ruggieri con la bocina —y quedan veintiséis hombres sobre el puente.

El capitán de la falúa, sus oficiales y marineros guardaron el más absoluto silencio. En lo sucesivo, su más constante empeño fué que no se divulgase esta mala aventura.

—Dentro de dos horas—añadió Ruggieri,—todo habrá concluído y seréis libres.

Cucuzone y Toniotto habían echado un bote al mar.

A las ocho de la mañana, hora en que había calmado la tempestad, nuestros aventureros saltaron á tierra entre el islote de Revigliano y la embocadura del pequeño río Sarno.

Algunos guardacostas estaban en la playa, procurando reconocer aquel buque anclado, donde no se descubría ningún sér humano, pues nuestros



ventureros habían tenido buen cuidado de llevarse consigo al pobre Toniotto.

Estos se internaron por el campo, dejando las ruinas de Pompeya á su izquierda, y marchando en dirección á Angri.

En un recodo del Sarno, en medio de un frondoso oasis formado de hermosos árboles, se elevaba una quinta de aspecto sombrío que parecía haber sido edificada en tiempo de la dominación española. Las ventanas de la fachada exterior estaban todas cerradas.

Fiamma, que marchaba delante, se detuvo y dijo: —¡Es aquí!

Fulvio le tendió la mano.

—Ya tienes tus instrucciones—le dijo;—vosotros, Cucuzone y Ruggieri, también tenéis las vuestras. Partid inmediatamente para Nápoles y volved pronto. Os aguardo.

Y penetró por los bosquecillos que cerraban la quinta.

Fiamma le siguió mucho tiempo con mirada triste.

Cuando le hubo perdido de vista, juntóse á sus dos compañeros que se dirigían al pueblo de Angri.

Allí hallaron caballos y partieron al galope para Nápoles.

Antes de entrar en la ciudad se separaron.

Ruggieri y Cucuzone bajaron al puerto. Fiamma se dirigió á la calle de Mantua, donde estaba la casa de los Folquieri.

## XI

### Una narración de Mariotto

La noche precedente, hacia la hora en que nuestros cuatro aventureros se deslizaban silenciosamente bajo el bauprés de la falúa para llevar á

cabo una sorpresa que les hizo dueños de una tripulación de sesenta hombres, Nápoles se hallaba en un estado de sorda agitación. Esta agitación se revelaba, como es costumbre en los países naturalmente bulliciosos, por una necesidad desordenada de movimiento que atraía la muchedumbre al anochecer á los lugares de reunión popular.

Apiñábase particularmente en los alrededores del puerto, como si se tratase de una fiesta pública.

Pero no se notaba alegría; al contrario, la locuacidad napolitana presentaba en esta circunstancia un carácter triste é inquieto.

Era sobre todo en la avenida di-Porto, feria permanente, donde aquella noche se habría podido tomar el pulso á la ciudad.

Los mercaderes vendían poco, y ¡cosa inaudita! veíanse obligados á pregonar sus mercaderías. Parecía que los napolitanos tenían otra cosa en qué pensar y que daban tregua á las necesidades de la vida.

A las ocho de la noche todas las cocinas ambulantes habían apagado sus fuegos.

Las solas personas ocupadas eran los noveleros é improvisadores.

Estos anunciaban que el Vesubio humeaba y echaba llamas, que habría un temblor de tierra, y sobre todo se ocupaban de los acontecimientos extraños y dramáticos que habían ocurrido hacía unos días. Empezaban á traspirar misteriosos rumores. Cada uno creía saber alguna cosa ignorada de los demás y se abrasaba literalmente por saber más.

Pasábase de un improvisador á otro. Aquellos que pasaban por mejor enterados tenían centenas de oyentes.

Mariotto, nuestro Mariotto, el gracioso de la mu-